

Señor D. D. Carlos Tovar

OBSERVACIONES PRELIMINARES

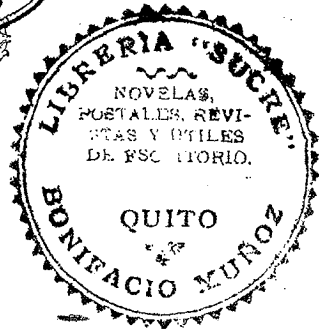
SOBRE LA IMPORTANCIA

DE LA

INSTRUCCION PUBLICA

POR

J. B. MENTEN



QUITO

IMPRESA DEL CLERO

1887

FRANÇOIS TERAM
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

OBSERVACIONES PRELIMINARES

SOBRE LA IMPORTANCIA

DE LA

INSTRUCCION PUBLICA.

La Instrucción Pública es, sin duda, para cada uno en particular y para la sociedad en general de una importancia suma, que todos comprenden, y por tanto sería superfluo tocar un asunto demasiado conocido, cuando en vista de esta importancia no faltará el interés para desarrollarla debidamente y llevarla al colmo de su perfección.

La Instrucción pública ha sido, en efecto, desde tiempos remotos el objeto de la atención general en toda sociedad culta; lo que manifiesta sin duda, algo más que conveniencia, quiero decir, una necesidad innata ó algo que está en conexión con la tendencia y aspiración de todo hombre. Si fuera lo mismo tener una aspiración y saber escoger también siempre y sin equivocación los medios respectivos para alcanzarla, no sólo para sí mismo, sino también para otros, se habría resuelto tiempo ha el problema de la instrucción pública, y viéramos los resultados brillantes y muy positivos en cada uno

y en la vida social. Cuan equivocada es tal aserción se deduce patentemente del fundamento de todas nuestras aspiraciones, del cual se derivan las demás. No hay quien no conozca y no experimenta este impulso irresistible á la verdadera dicha, y siendo éste esencial á todo hombre, se sigue lógicamente que debe y puede encontrar su complemento de un modo seguro y satisfactorio! Cuánta dicha debe encontrarse por tanto en la sociedad humana! Al oír estas palabras los más las recibirán como una ironía amarga contra su propia suerte, cuando, lo que menos sienten en el tiempo presente, lo que con menos claridad distinguen en el porvenir es esta dicha. En efecto, cuantos se equivocan desde el principio en el objeto, cuantos en los medios; cuantos, después de haber fabricado un ídolo para sus aspiraciones quedan burlados sin alcanzarlo, y el que entre ciento lo alcanza, queda desengañado.

Algo de esto pasa, aunque no en tan alto grado con la instrucción pública. Cuantas equivocaciones en el objeto que debe alcanzarse, cuantas en los medios que deben emplearse. ¿Será raro el caso que por falta de conocimiento ó de cordura se limita demasiado el objeto, sin mirar el bien verdadero de la sociedad, será raro que aun miras quinás y quizás positivamente malas sean el móvil, aun en este ramo, que debe llamarse santo? Ciertamente que no. Para naciones enteras ha servido de ruina la instrucción pública; pues ha sido, como la historia lo muestra, la propaganda de principios malos contra Dios y la Sociedad. Asimismo lo es hoy día todavía y lo puede ser, aunque no por mala voluntad, pero sí por descuido; pues donde se siembra nada de bueno, por sí mismo germina el mal; pero hagamos abstracción de tendencias positivamente malas. A quantos sirve la instruc-

ción sólo de objeto de vanidad y orgullo, á cuantos de pasatemero. Muchos ciertamente encuentran en ella medios de subsistencia, y son afortunados; porque es en efecto uno de los fines; pero pocos, poquísimos penetran hasta el fondo, para hacer de la instrucción una fuente de dicha para sí y para el prójimo.

Es, sin embargo, la instrucción la más grande esperanza para el hombre, por ser el desarrollo del hombre, la fuente de sus conocimientos y el guía de sus sentimientos; pues por ella debe despertarse y perfeccionarse todo lo grande y lo noble que encierra la naturaleza humana, de modo que la buena, la mala y la ninguna instrucción tienen sus consecuencias incalculables para la vida, para la sociedad y para la eternidad de cada uno. De aquí calcúlese no la obligación de instruirse, porque ésta se ignora ordinariamente, pero sí la de instruir, y cuanta responsabilidad carga sobre aquellos que por deber, como los padres de familia, ó por propia voluntad, como los que toman parte en la instrucción, se hallan en las circunstancias de poder influir sobre el porvenir de otros, tanto más, cuanto son la única autoridad que los educandos respetan y la única palanca para buscar el bien.

Vengo al pensamiento que he querido aclarar con estas ideas preliminares y es que la enseñanza y toda instrucción debe ser para la vida y en consecuencia *siempre y en todo práctica*. Fuera en efecto una equivocación grande el querer separar la niñez y la juventud de la vida y no exigir que la flor dé sus frutos, brillando sólo de un modo aislado. Que triste modo de pasar la mejor edad de la vida bajo el dominio, ó también la tiranía de un maestro de escuela, de sacrificar cinco ó diez años de juegos y gustos inocentes, si no fuera por un fin alto, por ventajas bien positivas. Cuantas ideas

equivocadas he oído y leído sobre este asunto, y causa lástima ver que los educandos no son muchas veces sino juguetes en las manos de los padres y de los institutores. Hasta las palabras arriba enunciadas, que la enseñanza debe ser siempre y en todo práctica, chocaran, quizás, algunos. Me explicaré. La práctica entiendo en su sentido más amplio; no, como si fuera sólo el triste modo de ver por la parte material de la vida. Al contrario, me refiero á todo cuanto tiene el hombre de aspiración, y al desarrollo que en consecuencia se exige, principiando desde la parte más noble que es el alma y sus facultades inherentes, la inteligencia y la voluntad, porque ambas á dos son capaces de cultivo y de desarrollo, incluyendo al mismo tiempo, lo que ambas facultades tienen anexo, como son la fantasía y los sentimientos; y aquí tocamos con dos cosas muy distintas que son la instrucción intelectual en todo sentido y la educación. Suponer que la segunda puede separarse de la primera, fuera una equivocación de fatalísimas consecuencias; pues dejar que la voluntad con sus sentimientos se desarrollen á propia cuenta ó á merced del influjo interior y exterior, cual bajo las circunstancias ordinarias se presenta es un grave error que no traerá consigo sino males positivos; ni siquiera será posible una instrucción intelectual conveniente y adaptada á las necesidades de cada uno, si no se dispone primero á la voluntad humana.

A más de esto nadie ignora la inmensa diferencia que hay entre la inteligencia y la voluntad, pues mientras la primera no opone resistencia á su objeto directo, que es la verdad, la segunda vive casi en pugna constante, al tratarse de su verdadero bien.

Cuantas dificultades é impedimentos no puede causar á un hombre adulto un hábito malo, ad-

quirido aun después de haber fundado principios buenos. Y ¿qué será, cuando en la niñez y en la juventud no se ha plantado nada de bueno? Bien puede decirse que el estado moral de una sociedad depende del afán que se emplea en la educación, principalmente en los primeros años, de donde resulta cierta costumbre de manejarse siempre y en todo como hombre educado y verdadero cristiano; pues en materia de obligaciones más vale la práctica continuada que toda teoría, y aquí damos á mi modo de ver, con el principal deber de todos aquellos que se ocupan en la instrucción; pues ante todo, deben educarse hombres y hombres útiles para sí y la sociedad. Cuanto abraza este punto es difícil de comprender, imposible de decir, y es necesario haberse ocupado de sí mismo y de otros seriamente para entender el laberinto del corazón y de la voluntad humana bajo los diferentes influjos y en circunstancias variadas, y siendo la voluntad humana libre, viene el gran problema de conducir la juventud de modo que libremente propenda al bien verdadero en todo sentido.

Vamos al primer punto, es decir, á la instrucción intelectual en todas sus direcciones y á todo cuanto de ella depende; y aquí debo limitarme á pocas observaciones. Puesto el principio de arriba, de que la instrucción debe ser práctica para la vida, resulta la necesidad de ver por el fin que nos proponemos y aquí entran muchísimos factores. Patente es, que debe tratarse de algo de necesario, de útil, ó de agradable, prefiriéndose siempre lo necesario á lo útil y esto á lo agradable, cierto no con exclusivismo; pues ni lo necesario se alcanzaría si no estuviera mezclado con lo agradable, y esto principalmente en la juventud, donde la persuasión del deber no está todavía bastante desarrollada. Esta necesidad resulta también di-

ferente para la posición social de cada uno y de las exigencias de la vida. Equivocación fuera, si personas de alta posición social se contentaran con la misma instrucción, como cualquier otro, ó, si indistintamente á todos se aplicara una enseñanza que no entra en el rumbo de sus ideas y necesidades, y que al sacarlos de su posición acostumbrada no les aseguraría otra nueva.

Tercero deben considerarse las inclinaciones, aptitudes y el talento de cada uno; pues, aunque haya cosas de veras indispensables, no conviene, sin embargo, todo á todos. Bien se sabe que lo forzado no dura y lo que no se emprende con amor é interés pocas veces trae buen resultado. En todos sin excepción puede cultivarse algo con ventaja, sea del lado intelectual, sea del lado práctico; y á esto hay que propender para no producir una discordancia, quizás para toda la vida.

Que diferencia existe en las diferentes fases de la enseñanza, sea primaria, secundaria ó superior, nadie ignora. Cada una tiene su fin parcial y de cada una debe sacarse utilidad positiva, sea directa, sea indirectamente. Este fin debe verse con claridad, para aplicar con seguridad los medios, y con el método más apto para conseguirlo; y en este punto cuantos errores no ha habido. Los mil ensayos hechos en Europa respecto á medios y método nos muestran toda la gravedad del asunto.

Quién no comprenderá que aquí no bastan reglamentos, que no es tan poco un brillo exterior que puede reemplazar la solidez verdadera de la enseñanza y que lo más fatal de todo fuera una rutina perjudicial de sistemas ó métodos cualesquiera, sin fundamento ni fin positivos.

Hé aquí unos pocos pensamientos, por desgracia demasiado compendiados, para indicar de algún modo la inmensa importancia de la instrucción pa-

ra el bienestar del hombre y la prosperidad de la sociedad.

Si estas observaciones encierran alguna verdad, y si la estira de que goza la instrucción está bien fundada en vista de sus grandes consecuencias, veamos dónde reside la responsabilidad por un bien tan grande. No hay duda en los padres de familia y en aquellos que de un modo público ó privado los reemplazan parcialmente en tal deber.

Es, en efecto, casi el único deber de los padres educar á sus hijos para una vida prácticamente buena y positivamente útil, y este debe ser el blanco de sus intenciones, el objeto de sus deliberaciones y la razón de sus trabajos y sacrificios. Toda indiferencia en este punto es culpable y hasta las equivocaciones son perjudiciales.

¿Qué diré ahora de aquellos que en materia de instrucción reemplazan á los padres de familia para educar é instruir por años enteros en cosa tan importante, como es la vida práctica después de la juventud?

A veces me ha parecido harto difícil que se reúnan de un modo ventajoso todas las cualidades que tal oficio requiere. Si bastase, mediana instrucción y algo de buena voluntad no faltaría, cierto, quien con provecho se hiciese cargo de tal tarea; pero se necesita más. El que enseña debe ser todo un hombre. Sus conocimientos respectivos y en su esfera deben ser notables; pues para enseñar con éxito se debe saber mucho más que lo que se enseña, para hacerlo de un modo acertado y práctico y aquí apelo al juicio de aquellos que están versados en la materia y han seguido paso á paso el desarrollo de las facultades intelectuales en sus diferentes fases.

El que enseña debe comprender toda la im-

portancia de su oficio para cumplirlo con todo interés y dedicándose todo á esto; pues, si faltaría tal interés imposible fuera, en medio de todas las dificultades que trae consigo la enseñanza, obtener resultado favorable.

El que enseña, reemplaza á los padres de familia en sus intereses y su cariño; pues este cariño que es natural en los padres, debè existir en los que enseñan de otro modo, no en sus extravíos, pero si en todo cuanto puede contribuir para animar y ayudar á los educandos, que toda su fe y toda su esperanza tienen en sus padres y sus maestros.

El que enseña necesita además de un tesoro ilimitado de bondad y de un gran caudal de virtudes, como son la paciencia y la fortaleza, la rectitud y la justicia, y ante todo la piedad para conseguir con su ejemplo lo que mil veces no consigue con sus palabras.



